



CAPÍTULO VII.

EL APRENDIZ.



eso de las ocho de una mañana de Diciembre, don Trinidad Domínguez, maestro herrero, se asomaba á la puerta de su taller dando visible muestra de impaciencia.

Avanzaba hacia la calle algunos pasos, y recorría con la vista lo largo de la calle en una y otra dirección, como en espera de alguno: en seguida volvía á la fragua, y con la paleta y el hierro de atizar removía los carbones y tiraba dos ó tres veces del cor-

del del fuelle, para tener la lumbre á punto para cuando fuera necesaria.

Hecha esta operación, volvía á asomarse, y se rascaba la cabeza, manifestando cada vez más desasosiego.

Después de más de media hora de espera, divisó un muchacho que se acercaba corriendo en dirección á él.

—¿Qué hay? le preguntó cuando se hubo acercado.

—Pues nada, dijo el muchacho, don Catarino no está en la pulquería.

—¿Y los otros?

—De don Antonio me dijo el diurno que ayer lo hirieron.

—Adios! dijo el herrero, ya ese barrió con los otros á la chinche.

Y el herrero dió una patada en el suelo, y en seguida dijo al muchacho:

—Mira, vé en casa de don Agapito, y le dices, que si me puede prestar dos oficiales, que yo le ayudaré después.

Iba á irse el muchacho, cuando el herrero agregó:

—Oye, dile que tengo una obra de compromiso que ya sabe. Oye, que no más me los preste por hoy, que mañana se los vuelvo, corre!

El muchacho echó á correr.

Volvió á tirar el herrero del cordel del fuelle y se paró en la puerta de su casa.

—Buenos días, don Trinidad, le dijo un carpintero.

—Qué hay, maestro, le contestó el herrero, ¿cómo ha pasado usted la noche?

—Bien, bendito sea Dios, y usted?

—Yo aquí dado á los...

—Por qué? pues qué ha sucedido?

—Nada, amigo, estos oficiales!

—No han venido?

—No, qué han de venir!

—Ni los muchachos?

—Nadie..

—Pues ahora sí la hizo usted, amigo.

—Qué quiere usted, maestro, si estos artesanos!...

—Bah! con que lo mismo estoy yo, pues

creerá usted que solo Pablo el de la pierna ha venido al obrador?

—Vaya si lo creo!

—Ya se sabe amigo, que los lunes...

—¡Malditos lunes!

—No parece sino que no tienen todo el santo día del domingo para emborracharse.

—No, si de á tiro la raspan, amigo, y que me canso de decírselo, aquí no hay San Lunes.

—Y luego, que como dicen vulgarmente, tendrá usted algún compromiso.

—Pues usted figúrese, amigo, las rejas del señor licenciado que hace tres semanas que debían haberse acabado, y el sábado vino, y la verdad amigo, también uno aunque sea pobre tiene uno vergüenza; no que por unos, pierden todos.

—El pecado del ratón, amigo.

—Ahí el señor licenciado vino, y que si los artesanos mexicanos por aquí, y los artesanos mexicanos por allí; y también, pues diga usted, uno qué culpa tiene? pues uno tiene que contar con los brazos, y pa qué?

pa que le vayan saliendo á uno con que no vienen.

—Y lo peor es que cuando no hay trabajo, es cuando le vienen á uno á pedir y á rogar.

—Y vienen á pedir trabajo el jueves.

—Pues así me sucede, amigo. Y qué, ¿no los ha mandado buscar?

—Ya fué el muchacho.

—Y qué dice?

—Pues dizque hirieron á Antonio.

—Oiga! quién es Antonio?

—Adios! pues el turnito; ¿cuál tiene la frazadita parda y el sombrerito de petate de esos chicos?

—Ah! el que sacó usted del hospital.

—El mismo.

—Y ya lo hirieron otra vez?

—Pues ya usted verá!

—Pues ese si que... diatiro. Pues un día lo matan porque creo que es medio malo-so él.

—Alabado sea! pues si es de lo bueno.

Ahí no me anda sonsacando á los otros, y luego que la negra esa de la Tomasa...

—La del 8?

—Sí, pues ahí no anda con celos de la otra del sargento!

—Mala gente, señor, mala gente.

—Pues lo que yo me figuro, es que la Tomasa jaló recio el domingo.

—Vaya! y el lunes!

—Y la muy... me ha dejado sin oficiales.

—Si es una muerte! Oiga usted ¿sabe usted, dónde ha de estar Toribio?

—Dónde?

—Pues ése se va á beber los lunes hasta la Candelaria.

—Adios...!

—Por vida de usted. Con que el vaquero que trae las vacas de don Gabino me lo dijo.

—Pues ése debe saberlo, porque viene por ese rumbo todas las mañanas.

—Vaya, amigo, pues siento los cuidados.

—Gracias, amigo.

—Conque hasta luego, D. Trinidad.

—Hasta luego maestro.

Esta conversación sirvió para calmar un tanto la inquietud del herrero, quien volvió á atizar los carbones, y á dirigir desconsoladoras miradas á unas varillas de hierro que eran el material del señor licenciado.

Volvió á asomarse á la puerta, y en esta vez no fué el muchacho que se había ido, sinó otro, el que se dirigió á don Trinidad.

Era un niño como de doce años, y quien en su porte y sus maneras revelaba no pertenecer á la ínfima clase del pueblo.

—Dispense usted, le dijo al herrero: tiene usted trabajo?

—Trabajo? repitió don Trinidad.

—Sí, algo en que yo pueda ocuparme.

—Usted... tú... trabajo, y de qué clase?

—Es que yo quiero ser herrero.

El herrero vió á aquel niño de piés á cabeza.

—Trabajo! dijo el herrero al cabo de un rato, y luego salen con que se cansan.

—Yo no me canso.

—Eso dicen todos.

—Menos yo, dijo el niño, porque tengo necesidad de mantener á mi padre con el producto de mi trabajo.

—*Posqué* luego quiere ganar?

—Tan luego como yo sirva de algo.

—Vaya, pues empezará por *jalar* el fuelle, pero como aprendiz.

A esta sazón llegaron á la herrería el muchacho enviado y los dos oficiales.

Entren, ¿los manda mi compadre?

—Sí, nos manda.

—Pues á trabajar.

—Qué se hace? dijo uno de los oficiales.

—Vamos á armar esas rejas.

Los dos oficiales dirigieron una mirada á las varillas de hierro como cansándose anticipadamente ante la dureza del metal.

—Y á cómo paga? dijo uno.

—Adios, qué no saben, pues á como mi compadre?

—Qué dice, vale? le dijo un oficial al otro.

—Pues vamos, contestó el interpelado dejando hacia un lado su frazada.

El maestro tomó una varilla, uno de los

oficiales atizó y el nuevo aprendiz comenzó á tirar del fuelle.

—*Ontán* los machos? preguntó un oficial.

—Allí, le dijo el maestro.

Y los dos oficiales se proveyeron de su respectivo martillo.

—Y está buena la *cochina*. (1)

—Con una calda y dos calentones nos vamos viejos, dijo el maestro.

—Allá va, agregó después de un rato, y sacó del fogón el hierro candente que despedía un vivo resplandor, lo apoyó en la *cochina*, y los dos oficiales descargaron sus compasados golpes.

Hermosas chispas brotaban del hierro que fué tomando el *rojo*, *el color* de hormiga, y el de *higado* gradualmente.

—El calentón, dijo el maestro.

Y volvió á sonar el soplo del *aleribis*, y á desprenderse de la llama azul ese torbellino de chispas del carbón que se perdían en la campana como huyendo del soplo.

(1) El yunque.

Al hacer la segunda calda uno de los oficiales arrojó sobre el hierro más arena de la necesaria, y el maestro dijo con aplomo:

—No *empanice*.

El aprendiz entre tanto no perdía movimiento ni dejaba de retener en la memoria cada uno de aquellos términos extraños.

Al sonar las doce, los dos oficiales suspendieron el trabajo y se retiraron para almorzar.

El nuevo aprendiz permaneció de pié, esperando las órdenes del maestro, quien, después de contemplarlo, le dijo:

—Te habrás cansado.

—No, maestro, y aún me considero con fuerza para manejar el macho.

—Tú?

—Sí, quiere usted probarme?

—Ya lo veremos.

—Pues entonces sabes.

—Puedo ayudar á usted á hacer una calda sin *empanizar* como el oficial.

—Tú eres herrero.

—Empiezo á serlo.



GABRIEL.

—A la tarde nos veremos, y, si te aplicas, pronto ganarás dinero.

A las dos de la tarde no se presentó en la herrería sinó uno solo de los dos oficiales.

—Pues el otro? preguntó el maestro.

—Pues por más que le dije.....

—Qué?

—Pues siempre se lo agarraron á las tomadas y no quiso venir.

El aprendiz que había llegado un cuarto de hora antes que el oficial, le dijo al maestro:

—Yo tomo el otro macho.

—Tú?

—Sí, maestro.

—Pero primero en frío.

—Y diciendo esto tomó una varilla y la apoyó en la cochina.

—Dale, dijo.

Y el aprendiz blandió el macho y con admirable tino majó.

—Sabrás entrar á tiempo? le preguntó el maestro.

—Por qué no, contestó el aprendiz.

—Éste sabe, dijo el oficial.

—Vamos á ver, dijo el maestro atizando.

Procedieron á la operación, y la nueva calda no tuvo que extrañar al oficial.

El trabajo no se interrumpió hasta las seis de la tarde, hora en que cansado el oficial, se despidió del maestro.

El aprendiz no estaba fatigado: por el contrario, rebosaba vida y parecía dispuesto á continuar.

—Cómo te llamas? le preguntó el maestro.

—Me llamo Gabriel.

—Conque te gusta el oficio?

—Sí, yo quiero ser artesano.

—Y por qué has preferido este oficio?

—Porque me gusta dominar el hierro, y porque veo que el hombre puede más que el metal, supuesto que lo funde y lo liga, lo forja, lo divide, y lo hace llorar lágrimas de fuego.

El maestro se quedó viendo á Gabriel con cierto asombro.

—Tú sabes leer.

—En qué lo conoce usted?

—En que eso que me dices es de libro, no es verdad?

—Es mío, pero bien puede estar en algún libro.

—Y sabes escribir?

—Sí, sé.

—Y contar?

—Eso es muy fácil.

—Fácil!... tú crees que todo es fácil.

—Queriendo, sí, todo es fácil.

—Sácame esta cuenta.

—A ver.

—Me pagan á doce pesos quintal de hierro labrado, y á mí me cuesta á cuatro; voy á hacer tres rejas para el señor licenciado, que han de sacar trece varillas cada una y cinco travesaños.

Gabriel había tomado un carbón de la fragua y escribía en la pared los números que iba oyendo.

—Cuánto pesa cada varilla?

—Cuatro libras.

—Y cada travesaño?

—Diez, cuánto gano?

—Entran tres quintales y seis libras.

—La *jerré* en las libras. Le quitaré de *curaje* á los travesaños.

—Entonces gana usted veinticuatro pesos.

—Las rayas..... pensó el maestro, pues es verdad, tienes razón; tú me harás las cuentas, y mira, lleva á tu casa esa peseta por tu trabajo.

—Gracias, dijo Gabriel, y se despidió de su maestro.

Así empezó Gabriel su oficio de cerrajero.



CAPÍTULO VIII.

LOS NEGOCIOS DE LOS AGENTES.

NECESITAMOS dar al lector algunas noticias acerca de la ruina de D. Santiago.

Muy poco tardó en convencerse el pobre anciano, que había caído en una verdadera emboscada, y á partir del momento en que sospechó el fraude, no cesó en sus pesquisas é indagaciones hasta lograr poner el negocio en tela de juicio.

D. Santiago empezó á devorar lentamente su agonía en las antesalas y los juzgados,